

NADIE CREE QUE SEA POSIBLE DISTINGUIR  
AL MISMÍSIMO DIABLO EN LOS OJOS DE UNA PERSONA  
APARENTEMENTE NORMAL



LIDE AGUIRRE

**LOS  
TRUCOS  
DE LA  
BESTIA**

Mikel camina bajo la lluvia tras otro día de trabajo como fotógrafo en el periódico local cuando se cruza con un coche que sube la cuesta de un *parking* cercano. Entonces lo ve al volante. Solo que los ojos del diablo no son de color rojo, ni siquiera desconocidos: pertenecen a su vecino de la infancia, Iván Katz, en la actualidad un próspero artista y emprendedor muy conocido en San Sebastián y que clava su mirada en la de Mikel en un instante que cambiará la vida de este radicalmente. No solo por lo que descubre en las pupilas del hombre, sino por lo que atina a ver en la parte de atrás de su vehículo: un joven desaparecido hace poco; un niño bien por el que se han levantado las alfombras de media ciudad.

Pero hay algo más en el coche que la mente de Mikel bloquea; algo tan retorcido que lo lanzará de lleno a una investigación impactante, obsesiva, con la que ahondará en la cara más oscura de un vecindario aparentemente tranquilo y bien avenido, y en la vida del desaparecido, un chico que mantenía una relación con la mujer más extraordinaria que Mikel cree haber conocido jamás. Una investigación que empujará al protagonista de esta historia a descubrir que nada es como él pensaba, y que aquellos capítulos de su infancia sobre los que había echado tierra tenían un sentido que en el presente lo cambiará todo.

En su formidable debut la donostiarra Lide Aguirre atrapa al lector en las redes de una trama absorbente, que revela el talento de una escritora de raza.

## Índice de contenido

1. El chico más buscado
  2. El tamborileo de la bruja
  3. La madre de Pablo
  4. En busca de la mantis
  5. El hechizo de la bruja
  6. El adiós de Natalia
  7. En la guarida de Iván Katz
  8. Esto no es África
  9. Andoni Sagasti, el salvador
  10. ¿Señales que auguraban la tragedia?
  11. Noches tristes, tristes noches
  12. Un error imperdonable
  13. Las castigadas
  14. La cueva de Flora
  15. Colmillos para morder la gloria
  16. Restarle el abismo al mundo
  17. Un amigo olvidado
  18. El rey del mundo
  19. Quién eres, Erika
  20. La víctima equivocada
  21. Las castigadas
  22. La disidente
  23. La finca de los poetas
- Epílogo
- Nota final de la autora
- Sobre la autora

*Dedicada al monstruo de mirada  
amable que buscaba víctimas  
aquella tarde de octubre de hace  
dos años en San Sebastián.  
Su invitación a conocer su guarida  
fue el germen de esta novela.*

... No podía quitarme de encima la sensación de que Erika no pertenecía del todo a este mundo. Intenté hacer añicos su hechizo trayendo a mi mente a aquellas otras mujeres que en su día colonizaron mis pensamientos y se colgaron como arañas de mi equilibrio mental, pero ninguna consiguió descodificar el impacto de haberla visto, ninguna logró relativizar su poder, y eso me estaba volviendo loco. No, Erika no era del todo de aquí...

Y, al final, resultó que tampoco andaba desencaminado...

Mikel Matesanz, septiembre de 2018, San Sebastián.

## 1. EL CHICO MÁS BUSCADO

Estoy convencido al ciento cincuenta por cien de que es mi vecino quien lo tiene secuestrado. Me da igual su aspecto de ángel redentor y que sea el niño bonito de un barrio atestado de momias que ya solo quieren creer y se rinden a sus maneras de oveja encarrilada, a su voz llena de graves que ahora suena a terciopelo de salón pero que hace nada barría los silencios de los locales más miserables de la ciudad: él sabe dónde está el chico por el que todo el mundo llora. Él tiene a Pablo Martiarena.

Lo supe ayer, al anochecer. Volvía a casa entre calles brillantes por la lluvia, dejando atrás los pasos apresurados de quienes corrían a resguardarse bajo los soportales y sintiéndome algo mejor que los días anteriores, seguramente porque la oscuridad del nuevo invierno parecía darme un refugio y el cuello del abrigo solo me devolvía el calor de mi respiración. Y entonces lo vi. Salía con su coche por la cuesta del *parking* de la plaza Cataluña y no me habría fijado en él si no fuera porque volvió la cara y me miró de repente; y sus ojos eran dos agujeros transparentes, no esa mirada azul a lo Paul Newman que tanto explota hoy día por aquí y que tan bien le funciona, sino dos ojos redondos, vacíos, de pirado, que me abrieron la puerta, por un segundo, a los cálculos de hielo que se forman dentro de su cabeza. Y detrás, en el asiento trasero, estaba él, Pablo Martiarena, el joven de la «extraña desaparición», el niño bien por el que se han levantado las alfombras de la ciudad, con su cicatriz en forma de jota en la sien izquierda, «la que se hizo de pe-

queño al caerse de un tobogán», como explicaba su angustiada madre en el programa de ETB de ayer por la tarde, y su pelo rubio cortado a lo casco, un peinado antiguo, de los noventa, que le da aspecto de niño o de yonqui, según quien lo mire.

El caso es que vi a Pablo de perfil, a cuatro metros de mí y medio cubierto por una sombra corpulenta que le había lanzado el autobús 17, que circula por la Gran Vía como si se fugara de Alcatraz, pero lo reconocí a pesar del escupitajo oscuro del autobús y las bailarinas de lluvia que se estampaban contra su coche. Pero eso no es todo: algo le estaba sucediendo. Porque había algo más ahí, en el interior del vehículo que conducía mi vecino Iván Katz; algo lo suficientemente impactante como para que mi conciencia lo eliminara al instante, algo que llevo intentando rescatar desde entonces sin lograrlo.

Ahora camino hacia mi casa en el barrio de Gros, en San Sebastián. Hoy no llueve, pero el día suena a cristal helado. A mi derecha, el horizonte mastica los últimos restos de la tarde y las paredes de los edificios a mi izquierda se van apagando cubiertas de carteles con el rostro de Pablo, carteles de color naranja fosforito para que destaquen sobre la roña que está levantando su silencioso imperio de oscuridad sobre las fachadas de este barrio bohemio, obtuso y marino que el chico frecuentaba bastante, según he podido saber.

En los carteles, la familia de Pablo Martiarena subraya que se trata de una desaparición de riesgo, asegura que se recompensará cualquier información sobre su paradero y facilita un número de teléfono. El chaval sonríe en la foto con una tristeza latente que te hace pensar que si no hubiera desaparecido ahora lo habría hecho más adelante, de alguna otra manera. Tiene una expresión apocada y una mirada ojerosa y descolorida que revela noches de juerga y días oscuros y tristes.

Según voy leyendo, me entero de que a Pablo Martiarena, donostiarra de 27 años, se lo tragó la tierra hace tres semanas, pero hace solo un día estaba sentado en el Volvo gris de Iván, el artista, el emprendedor, el niño mimado que se perdió en las fauces del lobo durante más de diez años y se reencontró con su parte ganadora antes de que se lo tragara la bestia. El mismo niño al que todos los demás del edificio teníamos miedo de pequeños.

La Ertzaintza, sin embargo, tiene su propia versión de lo ocurrido. Una versión que me ha roto todos los esquemas. Una versión con la que no estoy de acuerdo.

Pero empecemos por el principio. Ayer por la noche, cuando llegué a casa y le conté a mi prima okupa lo que había ocurrido, me convenció de que me acercara a una comisaría de la policía a contarles lo que vi o, mejor dicho, a ponerles al corriente de «mi visión», como la llama ella ahora. No lo hice, no inmediatamente; no lo tenía claro del todo. En cambio, opté por tirar de contactos haciendo uso del listín siglo XXI: Facebook. Allí di con Edorta, un buen tipo con aspecto de toro viejo y espíritu acolchado, antiguo compañero de clase en mi primer colegio y *ertzaina* de profesión. Le envié un mensaje diciéndole que quería verle por un asunto que quizá era una tontería, pero quizá no, y que, eso, que mejor encontrarnos. Y hoy mismo a primera hora me ha contestado animándome a que me pasara por la comisaría de Hernani, un pueblo a pocos kilómetros de San Sebastián, «para charlar». Al final, ha sido él quien me ha puesto al corriente de la *verdadera* situación de Pablo.

Y, en pocas palabras: Edorta desmiente todo lo que se cuenta sobre el caso en los medios de comunicación. Pablo Martiarena «está bien», me ha insistido. Ni desaparecido ni en el coche de Iván Katz. El chico de los carteles está, simplemente, haciendo su vida muy lejos de aquí con una mujer que ha conocido y que su madre no aprueba. «Pero que no te caiga bien la novia de tu hijo porque no sea muy simpática, ni muy agraciada y le lleve unos cuantos años no es

motivo para creer que está secuestrado o desaparecido, ¿no te parece?», me comenta bastante molesto. Al parecer, la madre se niega a aceptar esa versión de la desaparición y les pone «a caldo» allá por donde va, me cuenta. Por otra parte, los familiares de otros desaparecidos han empezado a criticar la repercusión que está teniendo el caso de Pablo y la supuesta atención que recibe por parte de la policía, y lo achacan a que el chico viene de una familia con dinero. «Al final estamos pagando el pato de una persona con probables desequilibrios mentales», lamenta mi excompañero.

En realidad, todo lo que me ha contado Edorta sobre el caso me ha dejado bloqueado, con una extraña sensación muy parecida a la de tener las manos atadas y no poder abrir un regalo. Porque nada tiene mucho sentido, y cuanto más habla él más nítida se hace en mi memoria la imagen de Pablo en aquel coche. ¿Estaba llorando?, pienso. Igual. Igual sí.

—Es un caso archivado, Mikel, aunque te agradezco la preocupación —me suelta Edorta tranquilamente apoyado sobre el escritorio de un despacho anodino. Estoy sentado en la típica sala de paso que imagino es la que utiliza cualquier agente cuando se reúne con alguien poco relevante como yo—. Pablo Martiarena Gallardo se marchó voluntariamente a Iquique, en Chile, con su novia, hará tres semanas. Está localizado y sano y salvo, pero no podemos evitar que su madre insista en que no es así y se dedique a empapear la ciudad y a llamar a la tele y a la radio, donde no comprueban la veracidad de casos como este porque son demasiado morbosos y les dan audiencia. El chaval da pena, su madre da pena y viene de una familia bien, y eso vende. En cualquier caso, te agradezco la información, Mikel, me alegra que hayas venido, te tenía perdida la pista después de tantos años y me ha gustado verte. Seguramente viste a alguien que se parece a Pablo, pero quién sabe, tal vez el chaval haya vuelto a San Sebastián. Nos pon-

dremos en contacto con la madre para saber si ha tenido noticias.

Trato de digerir la información. No sé por qué, no me cuadra.

—¿O sea, que al final lo único que ha pasado es que se ha fugado con una chilena? —le pregunto con la vista fija en su costado derecho mientras intento poner los puntos sobre las íes. Edorta se ha levantado de su asiento y le hace un gesto a alguien a través de la pared acristalada que separa el despacho del resto de habitáculos.

—Sí; bueno, no, no se ha fugado —cuando vuelve a tomar asiento, mi antiguo compañero me sonríe con amabilidad y recuerdo fugazmente aquellos tiempos en los que era un niño regordete que me ayudaba a resolver problemas en clase de matemáticas, treinta años atrás—. Lo único que ha hecho es marcharse de mala manera con una chica, lo que hacen algunos enamorados, nada del otro mundo. El padre de Pablo murió hace cuatro años y él no tiene hermanos, y su madre no quiere creer que se haya ido porque no asume que el hijo único haya puesto una novia y un océano entre ellos. Una locura pasajera, al parecer acababa de conocer a la chilena cuando hizo las maletas y se largó, una cosa rara, pero no ilegal. La madre niega la evidencia y asegura que está secuestrado, que no lo localiza y que ni siquiera cree que esté en Chile, pero lo cierto es que, por ahora, tenemos todo: los billetes de avión, su dirección... Ya volverá. O no. De todas maneras, nunca se sabe y es mejor tener todo atado. ¿Dices que te pareció que Pablo viajaba en el coche con un vecino tuyo?

—Sí, en la parte trasera del coche de Iván Katz, seguro que lo conoces. Últimamente ha salido bastante en los periódicos. De chaval fue un grafitero bastante popular y ahora dirige una academia de pintura que organiza exposiciones de arte cada dos por tres en toda la ciudad, en Tabakalera y en el Kursaal y... Bueno, en muchos lados.

Edorta se encoge de hombros —no lo reconoce— y empieza a anotar en su ordenador. La luz blandengue de un halógeno cae sobre nosotros como lo haría en la sala de espera de un hospital.

—Katz se escribe con k y tz, entiendo —murmura mientras teclea.

—Sí. Katz, como suena. Su abuelo era alemán. Iván tiene nuestra edad, 42. Vivía en mi edificio, en la calle Zabaleta. Ahora vive en Segundo Izpizua, casi al lado.

—¿Y qué sabes de él? Porque si has venido aquí será por algún motivo. La gente no va denunciando a sus vecinos... —la mirada de Edorta se vuelve indescifrable.

—Iván Katz... —me siento como una maruja cotilla, pero trago saliva y me animo a continuar— es un tipo raro.

—¿Raro? —Edorta es demasiado bueno para mirarme con mala cara, pero hasta yo me doy cuenta de que mi descripción no tiene un pase válido en una comisaría.

—Es peculiar... Peligroso —continúo, intentando despertar su interés—. Ahora parece un tío normal, asentado, ya sabes. Se está haciendo un hueco en la sociedad guipuzcoana de renombre, digamos. Abrió la academia de pintura hace unos cinco años, después de recuperarse en Proyecto Hombre y...

—¿En Proyecto Hombre? —interrumpe Edorta. Por fin percibo algo de interés, mi excompañero de clase se ha inclinado un poco hacia adelante.

—Así es, pasó una temporada en la Fundación Izan, en Ategorrieta. Iván tuvo una muy mala adolescencia y estuvo muchos años fuera de combate —omito los detalles de que era un yonqui que venía al barrio en busca de dinero y que atracaba a los niños que se sentaban en los bancos de la plaza del Txofre—, pero después de varios tumbos y una parada larga en el hospital recondujo su vida. Siempre ha dibujado muy bien. Su familia le ayudó a montar la academia, sobre todo su padre, que tenía ganas de reencontrarse con su hijo, del que estaba muy desligado desde niño. Ha-

ce ya diez años que Iván tiene, digamos, los pies en la tierra. Pero cuando lo vi conduciendo el coche en el que viajaba Pablo... No sabría decirte, Edorta, pero estaba ocurriendo algo.

—¿Algo? —Edorta me mira pensativo. Cree que soy un cotilla al que no hay que tomar demasiado en cuenta, lo leo en su rostro todo el tiempo y me desanima a continuar —. ¿Algo como qué? ¿Algo delictivo?

—Sí, creo que sí —intento explicarme de la mejor manera posible—. Pablo no estaba nada bien y me pareció que había algo más. Siento no ser más concreto, pero todo fue muy rápido y me quedé más con la impresión que con una imagen clara, concisa, de lo que estaba pasando. Si me viene algo más a la cabeza ya te llamo para contártelo, por ahora eso es todo lo que recuerdo.

Edorta quiere decir algo más, los ojos de toro enormes, saltones y secos, pero finalmente solo asiente en silencio y yo me despido de él sin sentir el alivio que esperaba al acudir a la policía.

La historia de superación de Iván Katz es muy conocida en Gros, un barrio formado por un cúmulo de edificios antagonicos que se levantan solemnes y apretujados frente a un mar colérico y encajonado en uno de los márgenes de la ciudad de San Sebastián. Se podría decir que la vida de Katz forma ya parte del elenco de historietas que se relata en sus cocinas y que nutren la leyenda de cualquier lugar. Iván volvió a Gros hará una década, tras un intenso peregrinaje por el lado oscuro de la vida, pero en realidad su historia aquí empezó para mí bastante antes, hace 35 años, cuando yo tenía siete y mis padres se mudaron de la zona residencial de Bera Bera a uno de los últimos edificios de la calle Zabaleta, una esquina ventosa y húmeda que saluda casi de frente a la playa de la Zurriola, la del mar loco, y se co-dea con el neblinoso monte Ulía por su costado derecho.

La familia Katz vivía en la quinta planta y nosotros en la inmediatamente inferior. Mi primer recuerdo de Iván es el

de un niño retorcido y de mirada fría. Había sido un bebé muy deseado y tardío y se crio adorado e idolatrado por su madre, algo que a los demás niños del barrio nos hacía mucha gracia sin que llegáramos a manifestarla abiertamente: no era buena cosa reírse de Iván, que tenía poco de niño y mucho de escorpión, y nuestro instinto infantil nos mantenía alejados de él.

Iván siempre parecía caminar con un pie en el submundo, cargando mensajes encriptados sobre su estrecha y pálida espalda de criatura de asfalto. Y ya en la adolescencia la parte más salvaje que todos intuíamos se adueñó de todo lo demás y las esquinas de la ciudad se lo tragaron hasta arrastrarlo lejos del mundo durante, más o menos, diez años.

Antes de su caída, su madre se había dedicado en cuerpo y alma a su crianza, y su padre, arrinconado por aquella pareja formada por hijo y madre fue quedándose aparte, bastante aislado, hasta que se marchó de casa cuando Iván tendría unos 15 años. Silvano Katz, que así se llama el padre, se trasladó a un piso cercano, en la zona de nuevo Gros, y acabó convirtiéndose en un hombre cada vez más excéntrico. Descendiente de un alemán y una donostiarra, espigado y quijotesco, ya era un tipo exótico *per se*. Pasó su juventud recorriendo el mundo antes de aparcar su biografía en San Sebastián, adonde regresó tras el fallecimiento de su padre, un rígido empresario berlinés que le dejó, entre otras cosas, la casita del monte Ulía donde Iván ha montado su próspera academia, y otra finca en las tripas más salvajes de Gipuzkoa, en la frontera con el norte de Navarra, cerca de la sierra de Aralar.

Hoy Silvano es un personaje típico y entrañable que solo puede lucirse en los bares de los márgenes del barrio, en la zona que aún no han descubierto los turistas y donde al mar solo se le oye aullar de noche y bajito. Pero cuando su hijo tocó fondo, él resurgió casi de la nada, apartó a la madre (la «mamá oso», como la llamaba mi propia madre en

su día) y le ayudó a retomar las riendas de su vida y a labrarse un futuro.

Pero, independientemente de su historia de superación, yo siempre he tenido clara una cosa: Iván Katz no está destinado a entregar una leyenda de éxito a este barrio, a esta ciudad, sino a formar parte de su historia más negra. Iván es listo, es guapo, un superviviente que hoy en día parece un fabuloso hombre de mundo, pero tiene un pie en el infierno. Y los que lo conocimos de niño lo sabemos.

Edorta asegura que Pablo Martiarena está bien, pero no sabe lo que yo vi en aquel coche; aunque yo tampoco. Solo estoy seguro de que ese chico no está bien.

## 2. EL TAMBORILEO DE LA BRUJA

—Lo que yo no entiendo muy bien es por qué te obsesiona tanto este tema a *ti*, que no eres policía... Si lo piensas bien, ya tienes bastantes problemas. En realidad, parece que estás buscando canalizar tu atención hacia algo que no sea el caos en el que vives desde lo de Natalia. Quieres esquivar tu dolor, eso es lo que yo creo.

Lorena da un aparatoso mordisco a su porción de *pizza* barata. Está sentada en mitad del estrecho salón bajo la luz pálida y débil del atardecer y de alguna manera me saca de quicio su forma de comer, pero no sé por qué, debe de ser algo relacionado con su prepotencia natural y su mala educación.

Es verdad que llevo dos días con el tema de Pablo Martiarena en la cabeza, pero me revienta que mi prima, que vive en mi casa de prestado, tenga que dar su maldita opinión de todo y saque a mi exmujer a relucir cada cuatro frases.

Sobre la mesa hay una Coca-Cola *light*, «óxido líquido sin calorías» lo llama ella, y pienso que a Natalia no le haría gracia ver que mi prima apoya la *pizza* grasienta y extrañamente flácida sobre una servilleta de papel colocada encima de la distinguida mesa de madera que ella compró en una feria de antigüedades de la pequeña villa francesa de Orthez, como repetía cada vez que tenía ocasión. Mi recién estrenada mujer me dejó repentinamente hace seis meses, a finales de agosto, tan solo tres semanas después de carnos y tras tres años de relación, pero no se llevó su mesa